





# Billie Ruth

Nuestro fondo editorial en [www.paginasdeespuma.com](http://www.paginasdeespuma.com)

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

Autor representado por Silvia Bastos, S. L. Agencia literaria

Edmundo Paz Soldán, *Billie Ruth*  
Primera edición: octubre de 2012

ISBN: 978-84-8393-166-0  
Depósito legal: M-33574-2012  
IBIC: FYB

© Edmundo Paz Soldán, 2012  
© De esta portada, maqueta y edición: Editorial Páginas de Espuma, S. L., 2012

Editorial Páginas de Espuma  
Madera 3, 1.º izquierda  
28004 Madrid

Teléfono: 915 227 251  
Correo electrónico: [info@paginasdeespuma.com](mailto:info@paginasdeespuma.com)

Impresión: Cofás  
Impreso en España - Printed in Spain

**Edmundo Paz Soldán**

**Billie Ruth**





## ÍNDICE

|                                 |     |
|---------------------------------|-----|
| El acantilado .....             | 11  |
| Casa tomada .....               | 15  |
| Bernhard en el cementerio ..... | 17  |
| Extraños en la noche .....      | 21  |
| Díler .....                     | 27  |
| Los otros .....                 | 35  |
| El ladrón de Navidad .....      | 43  |
| Roby .....                      | 51  |
| Volvo .....                     | 65  |
| Ravenwood .....                 | 73  |
| Billie Ruth .....               | 77  |
| Como la vida misma .....        | 89  |
| El Croata .....                 | 103 |
| Srebrenica .....                | 123 |
| Azurduy .....                   | 135 |





*A mis padres, Raúl y Lucy*

*There's one of these doctors in Atlanta that's taken a knife and  
cut the human heart... and held it in his hand... and studied it  
like it was a day-old chicken, and lady... he don't know more  
about it than you or me.*

Flannery O'CONNOR, «The life you save may be your own»

## EL ACANTILADO

A LAS CINCO DE LA MAÑANA el padre despertó al hijo y le dijo que se vistiera, había llegado la hora. Con los ojos soñolientos y la voz entrecortada, el niño vio ese rostro barbado, esa mirada azul y penetrante, y le dijo que no quería ir. Su madre le había dicho que no tenía que hacerle caso en todo a él, que incluso no estaba obligado a quedarse con su padre los fines de semana.

El padre le agarró el brazo con firmeza y dijo:

—¿Qué es eso de no querer quedarte conmigo? Ella no sólo se va con ese imbécil, ahora te mete ideas para que no te vea más. Vístete.

El niño se levantó y, mientras se sacaba el pijama y se ponía los jeans y los tenis, se preguntó qué había sido primero. Si su madre había dejado a su padre cuando él comenzó a hablar de platillos voladores, o si el padre había comenzado a hablar de platillos voladores una vez que la madre lo dejó. Cuando ella se fue de la casa, él dijo

BILLIE RUTH

que la ciudad era muy chica para los dos y dejó su trabajo y vendió la casa y compró una cabaña a tres horas de la ciudad, a quinientos metros del acantilado. Había vistas espectaculares del mar, pero la región era desolada y el niño odiaba los fines de semana en que era el turno de estar con su padre; no había televisión en esa cabaña, ni computadora ni videojuegos. Sólo podía leer y jugar juegos de mesa, cosas que no le llamaban la atención.

Salieron de la cabaña. El niño tenía una chaqueta de cuero, sentía la brisa fría, la piel se le erizaba. En su cabeza rondaban las historias que su padre le había contado desde que tenía memoria, las sirenas y los dragones que habitaban el mar. Tiempos legendarios los de esos relatos, pero, ¿quién podía asegurar que en las profundidades del mar no existían esos peligros? En las últimas semanas, para colmo, el padre se había puesto a hablar de una espera al borde del acantilado, de una luz que los iluminaría y unos extraterrestres que les transmitirían el secreto del universo. Serían otros después de ese encuentro.

El niño no creía en esas historias, pero, ¿qué le quedaba? No había manera de oponerse. Fingiría que le hacía caso, mientras, en silencio, rezaba y contaba los minutos para que pasara ese momento. Cuando volviera a la ciudad, le diría a su madre que no quería volver a pasar los fines de semana con él.

Llegaron al borde del acantilado. Era un espectáculo imponente, el verde turquesa del océano conjuntado en el horizonte con ese azul profundo del cielo, mientras las nubes se abrían como expectantes. Quizás era verdad lo que decía su padre, pensó por un segundo para luego descartarlo.

El niño miró hacia abajo y lo visitó una sensación de vértigo. Sería mejor levantar la vista, o cerrar los ojos.

–Eres lo más hermoso que tengo en la vida –dijo el padre–. Te extraño mucho cuando no estás conmigo.

–Yo también te extraño –dijo el niño, pero en sus palabras no había convicción.

–También eres lo más hermoso que tu madre tiene en la vida.

Vio a su madre esperándolo al salir del colegio, apoyada en la puerta de la camioneta, la cara que se iluminaba apenas él iba a su encuentro. Entonces comprendió.



## CASA TOMADA

*A Julio Cortázar y Ryan Adams*

NOS GUSTABA LA CASA porque aparte de espaciosa y antigua (hoy que las casas antiguas sucumben a la más ventajosa liquidación de sus materiales) guardaba los recuerdos de nuestros bisabuelos, el abuelo paterno, nuestros padres y toda la infancia.

Nos habituamos Irene y yo a persistir solos en ella, lo que era una locura pues en esa casa podían vivir ocho personas sin estorbarse. Nos habituamos tanto que entramos a los cuarenta años y seguíamos viviendo en ella y nadie se daba cuenta. Venían algunos hombres a sacar los muebles de la casa, pasaban a nuestro lado y no nos decían nada. Irene se ponía muy triste, se acurrucaba en mis faldas y me pedía que les dijera que la casa no estaba en venta. Yo acariciaba su pelo y le pedía que se calmara.

La casa se fue vaciando de muebles. Los primeros días nos pareció penoso. Tratábamos de recordar cuándo había

BILLIE RUTH

pasado la casa a posesión de nuestra familia. Yo bailaba solo por el piso de madera y ella hacía como que firmaba los papeles de la compra. A partir de ahora sería sólo nuestra.

Cuando Irene soñaba en voz alta yo me desvelaba enseñuida. Ella me preguntaba qué había pasado en el auto aquella noche. Nunca pude habituarme a esa voz de estatua o papagayo, voz que viene de los sueños y no de la garganta. ¿Qué pasó en el auto aquella noche? No lo sé, no recuerdo nada. Por favor, díles que la casa no está en venta. Yo la abrazaba y le pedía que se calmara. Cálmate, cálmate, cálmate.

Cuando volvían las parejas jóvenes y las familias y paseaban por el zaguán con mayólica y el comedor, la sala con gobelinos, la biblioteca y los tres dormitorios grandes que quedaban en la parte más retirada, la que miraba hacia Rodríguez Peña, y por el pasillo con su maciza puerta de roble, Irene me insistía que les dijera que la casa no estaba en venta. Yo la besaba y le decía, sonriendo, travieso, que podíamos disfrazarnos con unas sábanas y asustarlos. Después nos echábamos en el piso de nuestro dormitorio y ella, mi amor, se perdía entre mis brazos y besaba mi alma. Luego salíamos a la calle. Nos tentaba irnos, cerrar bien la puerta de entrada y tirar la llave a la alcantarilla. Pero no podíamos. Y volvíamos y les gritábamos a todos que se fueran, que no tomaran la casa, que no estaba en venta. No nos hacían caso, pobres diablos. Y ella lloraba y yo le pedía que se calmara.



## BERNHARD EN EL CEMENTERIO

*A Miguel Sáenz*

ESTABAS EN EL SANATORIO de Grafenhof cuando te enteraste de la muerte de tu madre. Tenías esa incontrolable adicción a los periódicos, leías cuatro o cinco todos los días; leíste en uno de ellos: «Herta Pavian, cuarenta y seis años». No podía ser otra que ella a pesar del craso error, tu madre apelidaba Fabjan y no Pavian. Poco después te lo confirmaron. A tu madre le había llegado la corrección, estabas muy enfermo y a cualquiera de los dos podía haberle llegado primero la corrección. Tenías una sombra en tu pulmón, una sombra que caía sobre toda tu existencia. *Grafenhof* era una palabra aterradora. Tenías *morbus boeck* o sarcoidosis, te habían diagnosticado tuberculosis abierta, pero toda enfermedad puede llamarse enfermedad del alma. La esencia de la enfermedad es tan oscura como la esencia de la vida. Te considerabas afortunado por tener *sólo* un neumoperitoneo, *sólo* un agujero en el pulmón, *sólo* una tuberculosis

BILLIE RUTH

contagiosa y no un cáncer de pulmón. Tu madre tenía un cáncer de matriz. Te habían dado de alta, entrabas y salías del sanatorio, y pudiste despedirte de ella, que estaba en casa, y consideraste que ella era afortunada, los enfermos de muerte deben estar en casa, morir en casa, sobre todo no en un hospital, sobre todo no entre sus iguales, no hay horror mayor. La inteligencia de ella era clara, ella vivía aún, estaba *ahí*, pero en el piso reinaba ya *el vacío de después de ella*, todos lo notaban. Volviste a Grafenhof, ahora tu cuerpo estaba hinchado, inflado por el neumoperitoneo, abultado por todos los medicamentos imaginables que te atiboraban, tenías un aspecto *debidamente enfermo*. Aquellas noches fueron las más largas de tu vida. Fue en Grafenhof que leíste el periódico, Pavian y no Fabjan, grosero error, «pavian» es babuino y tu madre no era un babuino, aunque todos los hombres son quizás poco menos que babuinos mientras esperan que les llegue la verdadera corrección o aplazan ellos su propia corrección. Herta sería enterrada el 17 de octubre de 1950, en Henndorf del Wallersee, su querido, su amado pueblo. Pediste permiso del sanatorio para ir al entierro, para volver a despedirte de tu madre. Estuviste en el cortejo fúnebre, viste todos esos rostros graves, solemnes, rostros de gente en espera de su corrección, gente que debía ser capaz de corregirse a sí misma. Ya en el cementerio, pensaste en las líneas de un poema que algún día escribirías: *En la cámara mortuaria yace un rostro blanco, puedes alzarlo/ y llevártelo a casa, pero será mejor que lo sepultes en la tumba paterna,/ antes de que el invierno irrumpa y cubra con su nieve la hermosa sonrisa de tu madre*. Luego comenzaste a repetir, Fabjan, Pavian, Fabjan, Pavian, Fabjan, Pavian. Era un error que merecía ser corregido, o quizás no, tú no podías corre-

girlo, de pronto sólo podías pronunciar Pavian, Pavian, Pavian, y te dio un ataque de risa, todos te miraban y tú no podías dejar de reírte, Pavian, querían que te corrigieras y tú no podías corregirte, querías pero no podías, Pavian, muchos queremos ser capaces de la verdadera corrección y no podemos, y la aplazamos continuamente, o creemos que la aplazamos cuando en realidad lo que ocurre es que no podemos, no somos capaces, tenemos miedo. Como no amainaba el ataque de risa no te quedó otra que irte del cementerio sin volver a despedirte de tu madre. Preferiste no volver al sanatorio, *Grafenhof era una palabra aterradora*. Fuiste a tu casa de Salzburgo y te acurrucaste en un rincón del piso y esperaste, profundamente asustado, el regreso de los tuyos.

